

VILLASEÑOR BAYARDO, Sergio Javier, *Voces de la psiquiatría. Los precursores*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias de la Salud, 2006, 358 pp. [ISBN: 968-5876-15-0]

Recordar a los miembros más prominentes de una sociedad por su contribución a la cultura, el arte, la ciencia, e incluso, a la tan denostada política, es una práctica común en nuestra sociedad. Si además son fundadores de una disciplina, traerlos a la memoria constituye una suerte de homenaje que invita a valorar a quienes al dar los primeros pasos pusieron los cimientos de un nuevo campo del conocimiento, a veces bajo condiciones muy hostiles, y a establecer un lazo que tienda una suerte de continuidad con estos predecesores. Este es el objetivo declarado de *Voces de la psiquiatría*, un libro donde se reúnen los testimonios de hombres, y algunas mujeres, considerados pioneros de la psiquiatría en Jalisco; unas cuantas generaciones de médicos que, entre 1940 y 1980, se enfrentaron al extraño mundo de la enfermedad mental. En esas décadas estos médicos vieron cómo su especialidad pasó por cuatro momentos que en México están aún por estudiarse: el auge de las terapias de choque, la presencia del psicoanálisis, la experimentación con los primeros fármacos y las críticas de la «antipsiquiatría» al modelo manicomial.

Aunque son muchos los temas que a través de las entrevistas de historia oral recogidas en el texto afloran en las conversaciones con estos psiquiatras (sus orígenes, infancia y descubrimiento de la medicina, su formación como autodidactas o en los círculos universitarios, las amistades y rivalidades existentes entre ellos y con las autoridades, su muy peculiar personalidad —vanidosos, excéntricos y ególatras unos, dedicados, sensibles e inteligentes otros—, los instrumentos a su alcance para construir un diagnóstico, las condiciones en que se encontraban los enfermos que ellos atendían en las instituciones psiquiátricas, o el tipo de tratamientos que recibieron) mi lectura quisiera destacar el potencial de este libro para documentar *el proceso de institucionalización de la psiquiatría en México*, del que daré algunos ejemplos. Éste comprende no sólo la creación de asociaciones gremiales, la publicación de revistas especializadas, el establecimiento de la enseñanza universitaria o la organización de encuentros para el intercambio científico como los congresos, sino las «estrategias de persuasión» desplegadas por un colectivo profesional para afianzarse como una especialidad médica y para legitimarse ante la sociedad como los auténticos expertos en la patología mental¹. A esto dedicaron buena parte

¹ Rafael Huertas, 2002, *Organizar y persuadir. Estrategias profesionales y retóricas de legitimación de la medicina mental española (1875-1936)*, Madrid, Frenia, pp. 11-19.

de sus esfuerzos dos grupos profesionales que se formaron, uno, en el campo de la psiquiatría privada bajo el empuje de seis médicos que, con las iniciales de sus apellidos, dieron nombre al Grupo Gharma de Estudios Médicos y Psicosociales en 1959; y el otro, la Sociedad Jalisciense de Neuropsiquiatría, fundada en 1955 en el marco de la psiquiatría pública, a instancias de varios médicos que trabajaban en el Servicio de Neuropsiquiatría del Hospital Civil de Guadalajara (1947), una institución que bajo el nombre de Hospital de Belén abrió sus puertas en 1794.

El móvil que llevó a la formación de ambos grupos da cuenta del momento que vivía la psiquiatría mexicana en esos años, caracterizada por los propios médicos como inhumana y poco científica. Es justamente desde este lugar de descrédito que tanto el Grupo Gharma como el del Hospital Civil toman la decisión de constituirse para realizar investigación, contribuir a la enseñanza y revalorizar el ejercicio profesional de esta especialidad, muy unida entonces a la neurología, lo que, desde luego, implicaba dar un trato digno a los pacientes psiquiátricos mejorando las condiciones asistenciales y divulgar, entre un público profano, las ventajas de acudir al psiquiatra en busca de curación, como se haría con cualquier otro médico.

El Grupo Gharma (representado en el libro por las entrevistas a once psiquiatras, entre ellos una mujer) y cuyos miembros también comenzaron trabajando en el Hospital Civil, opta por fundar un sanatorio privado donde por medio de la medicación se evitara el uso de la violencia y la crueldad en los tratamientos, se promoviera la reintegración de los enfermos mentales a la sociedad y se combatieran los prejuicios y la estigmatización asociados a esta enfermedad. Establece también una escuela para niños con problemas de aprendizaje, un laboratorio de psicología y otro encaminado a la investigación farmacológica. Pero además, el colectivo dedica una parte de sus esfuerzos al intercambio científico a través de la *Revista Gharma*, que estuvo saliendo cada trimestre desde 1959 hasta 1971, tanto para dar a conocer sus investigaciones como para mantener contacto con colegas del extranjero muy prestigiados, cuya pluma se encuentra en esas páginas².

El otro grupo (descrito en dieciséis conversaciones con médicos, psicólogas, enfermeras y personal administrativo) tiene su mejor bastión en el servicio de psiquiatría del Hospital Civil, un departamento completamente abandonado y marginado del resto del hospital, «apéndice indeseable» dirán algunos (p. 79), pero que en esas décadas constituía un importante lugar de enseñanza y práctica de la psiquiatría a falta de estudios universitarios que no llegarán sino hasta los setentas, cuando en la Universidad de Guadalajara se abra la especialidad.

Los miembros de ambas agrupaciones también trabajaron en el Hospital de San Juan de Dios de Zapopan (1907), a pocos kilómetros de Guadalajara, uno más de los tantos hospitales privados que la orden de los juaninos, especializada en enfermos psiquiátricos, fue creando desde el siglo XVI, primero en España y luego en el resto de Europa y América. Lo hicieron también en la Granja para Recuperación de Enfermos Mentales de Guadalajara «La Esperanza» (1956), ubicada en la antigua carretera Guadalajara-Chapala y establecida como parte de la política de salud mental del Estado mexicano encaminada a crear instituciones para enfermos considerados crónicos, que pudieran ser relativamente autofinanciables con el trabajo de los propios pacientes, cuyo primer ensayo fue la Granja de San Pedro del Monte en Guanajuato.

² El libro comprende un resumen de los artículos publicados en esta revista, lo cual da una idea de las preocupaciones que estaban en la mente de estos psiquiatras en esos años.

to (1945), siendo el segundo precisamente esta Granja, casi simultánea a la de Morelia (1958), pues aunque se inauguró dos años antes no empezó a funcionar de inmediato³.

Visto el libro como una fuente para la historia de la institucionalización de la psiquiatría en México, ambos grupos coinciden en presentarse como reformadores de la psiquiatría asilar que se respiraba tanto en el Hospital Civil como en la Granja, introduciendo cambios hacia otro tipo de psiquiatría: con participación de la familia, médicos más preparados, instalaciones y servicios decorosos, una psiquiatría «de puertas abiertas» que ofreciera a los enfermos la posibilidad de hacer una vida más «normal». Desde luego, que esta perspectiva buscaba honestamente ofrecer un mejor futuro a los enfermos, pero también frenar la deteriorada imagen de la psiquiatría como especialidad entre el gremio médico y el resto de la sociedad: «nos criticaban mucho, nos decían los loqueros» (p. 36).

Por eso, su principal frente de batalla en esta lucha se enfocará en revertir el tipo de atención que recibían los enfermos en estas instituciones hacia un trato más humano y científico. Con diferencias según las generaciones, a estos médicos les tocó vivir formas de enfrentar la enfermedad que fueron muy agresivas por el poder de dominación que desplegaban sobre el paciente al aplicarlas, pero también por sus efectos colaterales. Sin embargo, al mismo tiempo introdujeron cierto optimismo porque en algunos enfermos daban buenos resultados, aunque en otros las consecuencias eran realmente desastrosas. Las terapias de choque (principalmente el electroshock y el coma insulínico), la incipiente farmacología (clorpromazina, luminal, ácido lisérgico, perfenacina, haloperidol, talidomida, carbonato de litio) y las primeras psicocirugías constituyen la tríada del momento.

De la primera se solía hacer un uso indiscriminado a la espera de un buen resultado que quizá nunca llegaría: «a los pacientes los sacábamos a veces con engaños: ‘ven, te voy a dar un dulcecito’, y si venía lo agarrábamos, lo sujetábamos a fuerzas y órale, electroshock. Otros ya sabían y así, agachaditos, venían. Abusábamos del electroshock» (p. 210). De la segunda, por su carácter aún experimental y por tratarse de medicamentos que llegaban a manejarse a dosis altas según el comportamiento del paciente, las consecuencias podían ser imprevisibles como el nacimiento de «niños querubines sin brazos», pérdida de la visión, del habla o de la capacidad motora: «muchos de los medicamentos los manejábamos con apego científico y con control, pero también estábamos tan entusiasmados con las fórmulas químicas nuevas que llegaban, que a veces provocábamos trastornos en los pacientes, por ejemplo tenían reacciones alérgicas o dejaban de dormir o tenían tendencias suicidas y demás. Entonces, fuimos más conservadores y usábamos dosis menos agresivas» (p. 93). Esta fascinación por los fármacos escondía el temor que despertaba la locura entre los propios psiquiatras, sobre todo por parte de aquellos que vieron cómo la psicoterapia, en ese entonces de raíz psicoanalítica, estaba siendo desplazada por la panacea de la medicación: «en ocasiones, sin darse cuenta, el médico emplea drogas poderosas y a dosis altas, no para curar siempre la angustia de su paciente, sino para calmar su propia angustia, la que deriva de hacerse cargo de él o la que resulta de defender su prestigio frente a los demás. En otras ocasiones el médico receta pastillas sin estar muy

³ César Campos Farfán, 2007, «Ponciano Tenorio Montes (1912.1963): Pionero de la psiquiatría en Michoacán y fundador del hospital psiquiátrico de Morelia, *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, núm. 46, pp. 89-128.

convencido de las ventajas de su uso, sino porque se lo pide el enfermo que necesita de la magia y no puede penetrar en sus problemas, no confía que la más valiosa ayuda que va a recibir del médico va a ser el análisis de su situación» (p. 156). Finalmente, las lobotomías podían dejar una huella imborrable: si para estos jóvenes psiquiatras en proceso de aprendizaje «era traumático ver a [Enrique] Estrada Faudón introducir un picahielo en el techo de la órbita para hacer lobotomía» (p. 175), qué habrá sido para los enfermos.

Pese a tan funestos resultados, esta intervención se consideraba muy superior a la capacidad de acción de la psiquiatría previa a la llegada de estas terapias somáticas porque antes el tratamiento era casi inexistente: «ahí andaban. Los sacábamos al sol como a las iguanas. Ahí estaban un montón de pacientes sentados en el sol, con unas batas todas mugrosas, porque les cambiaban bata cada 15 días» (p. 37). Los fármacos acercaron la psiquiatría a la manera de curar del resto de la medicina y vislumbraron la posibilidad de que el enfermo ya no viviera el manicomio como una condena: «fue cuando cambió la psiquiatría de ser una especie de cadena perpetua para los locos que no tenían remedio y que tenían que estar encerrados, a cuando ya tenían medicamentos para salir, para hacer una vida, pues un poquito más sociable y normal» (p. 92), lo que desde luego redundaba en una proyección social de la psiquiatría mucho más positiva: «tenía un prestigio muy sólido el grupo [Gharma], porque era muy experimental» (p. 92).

El trato que recibían los pacientes no obedecía sólo al desarrollo científico de ese momento sino a la calidad humana y la preparación de quienes tenían a su cargo el cuidado y tratamiento de los enfermos mentales: médicos, enfermeras y vigilantes, estos últimos prácticamente sin ningún entrenamiento. Por ejemplo, en el Hospital Civil durante largas temporadas el jefe de servicio acudía muy poco, una o dos veces al mes, quedando el pabellón en manos de los médicos que apenas se iniciaban en la terapéutica mental y en el personal de enfermería: «en ese tiempo se aplicaban los electroshocks sin anestesia, por una afanadora, «Doña Cirila», que junto con una enferma esquizofrénica de nombre «Josefina», quien hacía de enfermera, eran las responsables de la aplicación de tal tratamiento» (p. 188). El orden interno estaba bajo el mando de una especie de capataces terribles» que golpeaban a los enfermos y los encerraban (p. 77). La intimidad se violaba constantemente: «abrían las cartas que les llegaban a los pacientes para leerlas primero ellos, que porque a lo mejor había un mensaje que les podía dañar», cada tres días sin previo aviso los desnudaban «y les quitaban hasta un alfiler, porque podía ser arma punzocortante. Y así, de todos modos adentro había golpizas, hubo muertes, había abusos homosexuales entre los pacientes y los policías también abusaban» (p. 213) porque «al cabo eran loquitos como decían aquí» (p. 77).

No cabe la menor duda de que por parte de estos médicos hubo un intento por tener un mayor control de la institución hospitalaria, que no siempre se lograba. Éste fue el caso de los pacientes que llegaban remitidos desde los juzgados o las cárceles: los vigilantes «se mofaban de los enfermos, llegando a hacerlos víctimas de sus malos tratos, a causa de que se agitaran o ‘alteraran el orden’, ante la impotencia de nosotros como cuerpo médico, pues a ellos se les había delegado dicha autoridad, siendo los responsables de esta vigilancia, ya que si por alguna circunstancia algún paciente lograba la fuga, al que estaba de guardia se le seguía un juicio por evasión» (p. 188).

Además de enfrentar esta «psiquiatría silvestre» que pugnaba por ser académica y a los cancerberos que le daban al manicomio un carácter más de prisión que de hospital y a la locu-

ra el rango de amenaza social más que de enfermedad, los pacientes debían soportar el hacinamiento y la suciedad, alimentarse con las sobras de la comida que llegaba de otros departamentos del hospital, resistir el frío que en invierno se cobraba cada día una o dos víctimas: el servicio de psiquiatría del Hospital Civil era «un corral rodeado de cemento. De unos 40 por 30 metros, con celdas pequeñas, eran prisiones carcelarias más que estancias para enfermos mentales» (p. 36); en el departamento de hombres había «unas veinte o veintitantas celdas en donde generalmente tenían más de cien enfermos; de modo que dormían en cada cuartito de cinco a seis enfermos, y digo cuartitos porque eran unos cuartos de dos por tres metros con una cama de cemento. La situación era muy mala» (p. 77).

Los mismos médicos notaron el absurdo de pretender algún tipo de curación bajo esas condiciones tan lamentables: en las historias clínicas «siempre anotábamos ‘desorientado en tiempo y espacio’. [...] pero eran enfermos que tenían años ahí, y no había ni una radio, ni una televisión, ni un calendario en la pared ¿cómo es que iban a estar orientados?, entonces era una psicopatología que nosotros estábamos creando por las propias condiciones de aislamiento en las que tratábamos a los enfermos» (p. 209).

Frente a este ambiente tan «manicomiano», algunos médicos intentaron «abrir las puertas», es decir permitir las visitas de los familiares y la libre entrada y salida de los pacientes, un proyecto que ya había sido propuesto cien años atrás por el médico francés E. Toulouse, y que al final se vio restringido por el temor a dejar en libertad a enfermos considerados peligrosos⁴. Estas mismas resistencias tuvieron lugar aquí, aunque están relatadas con mucho sentido del humor: «una enfermera me preguntó: ‘oiga doctor, ¿no tiene miedo de que sus pacientes se salgan?’, yo le dije: ‘no, realmente tengo miedo de que se metan porque hay muchos afuera’» (p. 212).

Si el valor testimonial de este libro es innegable porque se refiere a una época en que los psiquiatras se formaban de manera prácticamente autodidacta, lo cual limita la pesquisa del historiador por la falta de archivos históricos, lo es también porque desde la *historia desde abajo* se han hecho esfuerzos por rescatar las voces de los pacientes y su vivencia de la enfermedad, pero la de los médicos usualmente nos llega a través de archivos administrativos o publicaciones científicas, y rara vez como un testimonio personal⁵. Por si esto fuera poco, el caso de la psiquiatría jalisciense da cuenta de un desarrollo local muy *sui generis* ya que en las décadas aquí señaladas la población de Guadalajara tuvo la posibilidad de contar simultáneamente con al menos cuatro hospitales psiquiátricos, cuando en otros estados del país no había ni siquiera uno.

Pese a estas bondades, el texto adolece de algunos problemas metodológicos que podrían subsanarse en un futuro si este proyecto, como anuncia el autor, continuara. Aunque se estableció un guión en la entrevista a partir de ciertas preguntas centrales, el resultado es muy desigual, no sólo porque algunos de los hombres aquí rememorados ya habían muerto y hubo de suplirse su testimonio personal con pequeñas biografías ya existentes o conversaciones con sus descendientes, sino porque en el proceso de editar las entrevistas como relato en primera persona, lo usual en estos casos, algunas mantienen una coherencia discursiva que las hace

⁴ Ricardo Campos Marín, 2001, «De la higiene del aislamiento a la higiene de la libertad. La reforma de la institución manicomial en Francia», *Frenia. Revista de historia de la psiquiatría*, vol. I, núm. 1, pp. 37-64.

⁵ Véase un trabajo similar para el ámbito del psicoanálisis en Marco Antonio Dupont, 1997, *Los fundadores. Asociación Psicoanalítica Mexicana, A.C.*, México, edición del autor.

muy comprensibles mientras en otras el lector echa a faltar información del contexto, indispensable para comprender la que proporciona el entrevistado. Ello se habría subsanado con notas a pie de página. Igualmente habría sido muy útil contar con un índice onomástico y analítico que facilitara la búsqueda de información, pues la diversidad de temas que afloran en las 358 páginas de este libro es muy amplia. Finalmente, las numerosas e interesantes fotografías que acompañan al texto deberían ir con su correspondiente pie de foto, fecha, y ubicación de las mismas así como los créditos si fuere el caso.

Dejando de lado estas limitaciones, que pueden remediarse con un mayor rigor en la recopilación y presentación de los datos, el libro constituye una invitación no sólo a leerlo, sino a replicar su ejemplo en la geografía de nuestro país.

Cristina SACRISTAN

NOVELLA, Enric J. *Der Junge Foucault und die Psychopathologie. Psychiatrie und Psychologie im frühen Werk von Michel Foucault*, Berlín, Logos Verlag, 2008, 80pp. [ISBN: 978-3-8325-1906-3]

Resulta muy curioso observar cierto tipo de comportamientos por parte de la autoprotclamada comunidad científica. Uno de los más interesantes ocurre cuando un autor supera con creces el ámbito de su disciplina y genera un conocimiento que trasciende a la propia comunidad, para introducirse de modo más o menos adaptado en la delgada línea que separa la alta cultura y la cultura popular. Cuando esto ocurre, la propia comunidad científica, comienza a dar al autor en cuestión, un tratamiento similar al de las estrellas del rock. Creo que en gran medida esto es lo que ha ocurrido con Michel Foucault. Haciendo memoria se me ocurre que, en los últimos 10 años, se nos ha expuesto a una reedición bastante pobre de muchas de sus obras más importantes, también se puede encontrar la más variopinta compilación de entrevistas, prólogos de libros, trabajos perdidos y otras curiosidades, entre las que convienen trabajos de interés con otros escritos muy poco relevantes. De toda esta mercadotecnia me resulta especialmente valiosa la publicación de sus cursos en el Collège de France. Pero no todo es contenido editorial; de Foucault encontramos hasta muñecos de acción articulados, pegatinas, chapas, cartas de juegos de mesa e incluso figuras de Lego.

Como complemento, todo un conjunto de obras con cierto carácter biográfico que se empeñan en desentrañar los fundamentos epistemológicos y los aportes que ha ofrecido Foucault a la ciencia social moderna. Algunas de ellas, se convierten en obras de interés para comprender las bases epistemológicas que confluyen en el gran ídolo Foucault, pero por desgracia no son pocas las que rozan la más bochornosa hagiografía. No ocurre esto con la obra de Enric Novella, que en traducción libre nos propone el estudio de *El joven Foucault y la psicopatología. Psiquiatría y psicología en las primeras obras del Michel Foucault*.

Conviene hacer aviso a navegantes: no esperen encontrar en este libro soluciones a la comprensión del conjunto de la obra foucaultiana. El libro de Novella me resulta más cercano a una problematización de la figura de Foucault que a una solución del pensamiento foucaultiano. Esto se debe a que su intención inicial, la de hacer el análisis de las consideraciones

sobre la psiquiatría que se vierten en sus primeras obras (quizá las más oscurecidas por el paso del tiempo), queda superado mucho antes de llegar a la mitad del trabajo. A este menester ocupa Novella los tres primeros capítulos de su libro. En el primero se nos explica con claro afán biográfico las influencias que el joven Foucault recibe a su paso por la École Normale Supérieure, La Sorbonne o el Institut de Psychologie. De su acercamiento a grandes figuras de la psicología de posguerra como Daniel Lagache, Merleau Ponty, Jacques Lacan o Henry Ey, así como a la filosofía marxista de Louis Althusser, obtendría las bases teóricas que alumbraron sus primeros trabajos: *Maladie mentale et personnalité* (1954), la introducción al texto de Ludwig Binswanger, *Traum und Existenz* (1954), o trabajos anteriores que aparecieron publicados a posteriori como *La psychologie de 1850 à 1950* (1957) o *La recherche scientifique et la psychologie* (1957).

Los dos siguientes capítulos se dirigen de modo más claro a estudiar los entresijos del acercamiento a la psiquiatría presente en esos primeros trabajos; para ello Novella hace desfilar ante el lector todo un conjunto de influencias que marcan en Foucault su rechazo a las explicaciones positivistas de la enfermedad mental. Su acercamiento a la filosofía del conocimiento, representada en Heidegger o Merleau-Ponty, marcaría el fundamento de su crítica al concepto de ciencia inaugurado por la Ilustración. Sus posiciones se verían reafirmadas al entrar en contacto con uno de los padres putativos de la antipsiquiatría, Georges Canguilhem, de él aprende que la construcción científica de la «normalidad» no es sino el resultado de una visión positivista de la humanidad, que sirve a la psiquiatría para fundamentar su consideración como ciencia.

En una visión de conjunto, Enric Novella nos propone una imagen que en principio no es extraña a los lectores del Foucault adulto: la del teórico profundamente opuesto a los enfoques positivistas y crítico con el espíritu racionalista fruto del pensamiento ilustrado. Sin embargo, su análisis del joven Foucault, identifica otras influencias más difíciles de ver, como por ejemplo los enfoques del evolucionismo o del psicoanálisis de inspiración freudiana, a los que en sus futuros trabajos no siempre dedicaría palabras amables.

Su interés en el evolucionismo spenceriano no fue exento de críticas a su interpretación positivista de la existencia humana, sin embargo Novella remarca la utilización de este enfoque como modo de acercarse al estudio de la génesis de la sociedad y por tanto del origen del hecho patológico. También el psicoanálisis freudiano fue duramente criticado por Foucault en su empeño por aferrarse a las «ideas fuerza» de la regresión freudiana, aunque le abrió las puertas a un estudio de la realidad de la enfermedad mental en su dimensión individual, lo que le permitió estudiar los roles individuales y los mecanismos de defensa generados en las disfunciones psiquiátricas del individuo y otorgar un sentido histórico a lo onírico.

A partir del cuarto capítulo Novella nos propone a un Foucault mucho más preocupado por la enfermedad mental como hecho individual, pero también trascendente para el conjunto de la sociedad. Las influencias de la fenomenología y el existencialismo se hicieron así evidentes en las explicaciones de Foucault durante los años 50, antes de verse influenciado por la obra de Nietzsche. Esta hipótesis se prueba al menos en dos de sus primeros trabajos. *Enfermedad mental y personalidad* mostraba la necesidad de afrontar el estudio de la psicopatología como fruto de una experiencia imposible de objetivar en tanto que nace de un mundo ideado y vivido por el enfermo. Según el análisis de Novella, era ésta la problemática principal de Foucault cuando redactó el prólogo a la traducción de *Traum und Existenz* de Ludwig Binswanger. Foucault vio en la obra del suizo el paso

del análisis antropológico del sueño al análisis ontológico de la imaginación, lo que reafirmaba su posición contraria a analizar el sueño como representación.

El quinto capítulo analiza el modo en que Foucault relaciona la enfermedad mental como mal individual con su realidad social, histórica y cultural. En este sentido marca la fuerte influencia que ejercen en el primer Foucault los análisis sociales de corte marxista. Tal y como el propio Foucault refiere en su *Historia de la Locura*, su primer acercamiento a la enfermedad mental estaba fuertemente influido por la hipótesis de que el capitalismo era el auténtico creador de la enfermedad, generando en algunos individuos un sentimiento de extrañamiento social, de desvinculación hacia las leyes de los hombres. Enric Novella no pasa esta reflexión por alto, sin embargo su análisis del texto incide también en la trascendental influencia que ejercen las teorías materialistas de Paulov en el joven Foucault a la hora de entender el paso de la enfermedad como relato fisiológico al campo de lo social conflictivo.

Novella explica el peso de las teorías marxistas en el joven Foucault, como el resultado de unir su interés en la fenomenología con su experiencia formativa en un ambiente tan políticamente cargado como el París de los años 50. Este recurso resulta ser uno de los aspectos más logrados del estudio de Novella, el entender la formación del Foucault maduro no como una proyección de sus primeros trabajos, sino como el fruto de un diálogo interior constante, que está marcado a partes iguales por los intereses específicos de sus estudios, pero también por la pertenencia a un ambiente intelectual que genera preocupaciones generales. De este modo la diferencia con el Foucault de los años 60 se hace evidente en dos aspectos, la eliminación del materialismo marxista y la consideración de la locura no como una disfunción personal en un marco social y cultural determinado, sino más bien como un modo de dar sentido a una realidad cultural determinada. Lo cual no deja de ser otra cosa que el paso de la sociogénesis de la locura a la arqueología de la enfermedad mental.

Esta es básicamente la idea con la que concluye la obra de Novella. En su sexto capítulo se dedica a evidenciar los puentes entre estas primeras obras y el resto de la producción foucaultiana. Algunos de ellos serán claramente visibles, como el peso de los modelos de explicación marxistas en estudios como *Vigilar y Castigar*, sin embargo el peso de la fenomenología es difícil de medir en el Foucault posterior a la *Historia de la Locura*. La relación sujeto-realidad fue sin lugar a dudas uno de los trabajos que Foucault no llegaría a cerrar; en este sentido el peso de los argumentos filosóficos de Heidegger o Nietzsche le acompañarían durante toda su obra.

En definitiva, creo que nos encontramos ante una obra con un claro espíritu didáctico, que pretende ser tanto un estudio en sí mismo sobre las raíces epistemológicas de Foucault, como un punto de partida para una lectura razonada de sus obras principales. También creo que el estudio de Novella arroja luz sobre aspectos oscuros de estas obras, pero al mismo tiempo obliga a realizar un trabajo de acercamiento a los autores que influyeron en su método de análisis del pasado, lo cual supone de por sí una complejización de la figura. Y en este sentido resulta reprochable que el trabajo sea demasiado corto, porque aunque el objetivo se cumple, se pierden por el camino explicaciones sobre obras principales a las que se hace referencia, sobre todo en lo que se refiere a la psicología. Esto da agilidad a la lectura, pero a cambio limita el número de potenciales lectores.

Mario SÁNCHEZ VILLA

KRAEPELIN, Emil, *Memorias*, Madrid, Ergón, La Biblioteca de los Alienistas de Pisuerga, 2009. 202 pp. [ISBN: 978-84-8473-807-7]

Si bien la obra de Kraepelin es, probablemente, una de las más influyentes en el desarrollo de la psiquiatría del siglo XX por su influencia en la construcción de una parte de las clasificaciones utilizadas en la psiquiatría actual, su biografía no ha recibido las mismas atenciones. De hecho, sus *Memorias*, no son un «clásico de la psiquiatría» al modo de las anteriores entregas de esta interesante colección como *Les folies raisonnantes. Le délire d'interprétation* (1909) —*Las locuras razonantes*— de Sérieux y Capgras, que inició su andadura en 2007 o *Los delirios melancólicos: negación y enormidad* de Jules Cotard y Jules Séglas, que apareció al año siguiente.

La iniciativa de José María Álvarez, Fernando Colina y Ramón Esteban o los «Alienistas del Pisuerga», como cariñosamente ya los citamos casi todos los seguidores de su obra, recoge un texto de menor trascendencia si se quiere, para la elaboración de la teoría de la psicopatología. Sin embargo, su valor radica en ser la primera edición en castellano de las *Memorias* de Kraepelin, traducción realizada por Beatriz Esteban Agustí, con el lujo añadido de contar con 365 notas, algunas realmente extensas, además de las incluidas en la introducción. La riqueza y minuciosidad de los detalles comentados en los pies de página convierten, además, este título casi en un diccionario biográfico de los contemporáneos de Kraepelin.

La familia de Kraepelin conocía el manuscrito, pero sólo se hizo público en 1976, coincidiendo con el quincuagésimo aniversario de su muerte, y fue publicada como *Lebenserinnerungen*, en 1983. Estas *Memorias*, escritas durante su dirección en la Clínica Psiquiátrica Universitaria y el Instituto de Investigación, finalizan en el año 1919, aunque el psiquiatra alemán no fallece hasta 1926 en Munich. Probablemente toda su carrera estuvo enfocada a ser profesor, ya que, según él mismo refiere, su deseo infantil era convertirse en catedrático de psiquiatría con sólo 30 años. Y así lo cumplió, en septiembre de 1886, en la Clínica Universitaria de Dorpart, pasando a Heidelberg, en 1881 y, por fin, a Munich, en 1903. Antes de esta carrera por la Cátedra ya había publicado la primera edición del *Compendium der Psychiatrie* (1883), que, después de sucesivas ediciones se convirtió en el *Lehrbuch*, una de las obras más traducidas y citadas a lo largo de la historia de la psiquiatría. El psiquiatra alemán trató de establecer la correlación entre las causas, la anatomía patológica, la sintomatología y el curso y la terminación de las enfermedades, de modo que sólo cuando se cumplían esos requisitos era posible establecer un concepto de enfermedad psíquica (*krankheitsbegriff*). En sus tratados, Kraepelin construyó las entidades nosológicas a partir de la observación de un gran número de casos que presentaban coincidencias semiológicas y evolutivas. En general, se admite que su obra fue la culminación de la tradición descriptiva y fenomenológica, convirtiéndose en un sistema destinado a nombrar y clasificar el conjunto de las enfermedades mentales.

El texto de las *Memorias* que nos ocupa, sin embargo, no dedica largos párrafos a la narración de la psicopatología o las dificultades que el profesor universitario tuviera para clasificar a los enfermos (p. 69). Se trata más bien de una autobiografía descrita en un estilo simple en la que ocupa un lugar central sus viajes por multitud de ciudades europeas (San Petersburgo, Helsinki, Estocolmo...). Además del interés turístico de sus visitas, les añadió un carácter profesional de modo que, durante ellas, visitó multitud de hospitales psiquiátricos. La numerosas idas y venidas le llevaron también a Oriente (Egipto) y América (Nueva York, Chicago,

Los Angeles..) y le trajo en varias ocasiones a España (Tenerife, Granada, Sevilla, Madrid...), una de ellas en 1896, donde visitó, expresamente a Ramón y Cajal (1852-1934).

En las *Memorias* se entrelazan sus aficiones como la bicicleta o los paseos así como la relación con otros colegas, que, en algunos casos no fueron muy cordiales como en Munich, donde su opinión contraria al consumo de alcohol, no le granjeó buena prensa. Describió, además, sus preocupaciones por organizar la asistencia o su participación en veladas científicas o reuniones internacionales, como el Congreso Internacional de Lisboa, en 1906. Sus largos recorridos y su estancia en Munich, le permitieron conocer a personalidades de la medicina europea no sólo alemanes sino otros como, por citar sólo algunos, el suizo C von Monakow (1853-1935), Cesare Lombroso (1836-1909) o al psiquiatra inglés Thomas Clouston (1840-1915). Ese interés por intercambiar información con otros profesionales se extendió no sólo a personajes el mundo médico, sino a otras personalidades como el explorador de África Karl Peters (1856-1918) o Von Kotze, la sobrina de Bismark.

La vida de Kraepelin es un ejemplo de inquietud profesional en su carrera por conseguir la Cátedra de enfermedades mentales aún a riesgo de sacrificar su vida personal, tal como él mismo expresa. De hecho, el autor parece que pasa de puntillas en los sucesos trágicos, como la muerte de algún hijo, relatada con cierta distancia afectiva.

No querría finalizar estas líneas sin agradecer a este grupo de alienistas del Pisuerga el esfuerzo que, durante años han realizado y realizan por mantener y recuperar libros clásicos o joyas que, en muchos casos, no habíamos disfrutado antes. Ánimo para la próxima entrega que seguro ya está en ciernes.

Olga VILLASANTE

POLO, Cándido: *Sangre azul. Vida y delirio de Margarita Ruiz de Lihory*. Publicacions de la Universitat de València, Valencia 2010. 317 pp. [ISBN: 9788437076263]

A mediados de los años 50 del siglo pasado, un truculento suceso protagonizado por una familia de la aristocracia valenciana lograba una escandalosa notoriedad a través de las páginas de *El Caso*, el popular periódico de crónica negra de la época. El cadáver de una mujer (Margot Shelly) había sido profanado: enucleados los ojos, seccionada la lengua y amputada la mano derecha, que apareció en el interior de una lechera. La madre de la fallecida fue inculpada de estos hechos tras la denuncia presentada por uno de sus hijos (Luis Shelly) al que ella a su vez acusó del mismo delito. Todo ello dio origen a un enrevesado proceso judicial que mantuvo al país en vilo hasta su resolución por el Alto Tribunal diez años después. La expectación procedía, sin duda, del trasfondo de tragedia griega carpetovetonizada de esta historia de locura y muerte desencadenada por el dolor de una madre, y acompañada por un peculiar elenco de coreutas: un vástago «comisionista», «profesional de la delincuencia» según el abogado de la madre; un compañero sentimental que había abandonado a su mujer y a sus hijos «por haber caído profundamente enamorado de ella», abogado catalán de amplia cultura; jueces y psiquiatras pugnando por una verdad que restituyese la confianza en dos de los pilares

del orden social nacionalcatólico, una idea patrimonializada de la justicia y una dudosa práctica de la psiquiatría forense. Pero ¿quién era la imputada en el macabro suceso? Nada más y nada menos que Margarita Ruiz de Lihory y Resino, marquesa de Villasante y baronesa de Alcahalí, dama alcurniada de brillante trayectoria pública durante la primera mitad del siglo: hija de un alcalde de Valencia, con calle a su nombre aún hoy en el centro noble de la ciudad, había sido elegida *Regina dels Jocs Florals* de *Lo Rat Penat* en 1907; tuvo amistad íntima con dirigentes como el dictador Primo de Rivera, Miguel Maura (el Ministro de la Gobernación del Gobierno Provisional de la IIª República) y Francisco Franco, y trató cercano con personajes tan variopintos e influyentes como Henry Ford (el magnate de la industria automovilística), John Calvin Coolidge (el trigésimo Presidente de los Estados Unidos) y Abd el-Krim (el dirigente de la resistencia rifeña contra la dominación colonial española y francesa); el Cardenal Benlloch y el Primado Reig le administraron el sacramento de la confesión, al tiempo que cultivaba amistades con las estrellas españolas que por aquel entonces triunfaban en América, como Antonio Moreno, uno de los más famosos actores de la era muda del cine, y Conchita Piquer. La suya fue, aun con antelación al episodio de las amputaciones *post mortem*, una vida de novela: profememinista entusiasta y una de las primeras licenciadas en Derecho por una universidad española, fue abogada de la infancia y defensora de los derechos de la mujer en la II República, antes de colaborar desde la clandestinidad con la Quinta Columna barcelonesa durante la Guerra Civil, para servir finalmente como enlace del criptonazismo durante los años de posguerra. Después de dicho episodio, sobre ella se tejó una siniestra leyenda de misterio y ocultismo, coronada por un abracadabrante estrambote protagonizado por supuestos alienígenas venidos del «planeta UMMO» que convirtieron su caserón manchego en base de operaciones, lo que hizo que durante algún tiempo Alabacete se convirtiese en una exótica meca de obligada peregrinación para ufólogos y contactistas.

Con estos mimbres el psiquiatra Cándido Polo, albaceteño que vive y trabaja en Valencia, teje la historia de la vida y el delirio de Margarita Ruiz de Lihory, una valenciana que vio periclitarse los últimos destellos de su fama desde una casa solariega en Albacete, ciudad que alberga sus restos desde que, venida a menos, falleciera en 1968. Fascinado por las múltiples aristas de esta historia desde su adolescencia manchega, tras años de búsqueda, y con el preceptivo permiso para consultar la documentación que contiene el abultado Sumario 46/54 del Juzgado nº 6 (Audiencia Provincial de Madrid, Sección Tercera), Polo se propone ofrecer una exégesis rigurosa y científica —rastreado en sus antecedentes, conjeturando sus causas y analizando minuciosamente la psicología de su protagonista indiscutible— del conocido como «misterio de la mano cortada». Y es que el interés psicobiográfico de su investigación, sobrepasa con mucho al de aquellos hechos luctuosos que dieron triste fama a la Marquesa. Para el autor, el caso encierra una llamativa paradoja: allí donde los forenses no encontraron patología mental, el análisis profano de la opinión pública y la publicada resulta más certero que el criterio pericial que prevaleció, más encaminado a explicar a los jueces una conducta execrable que a indagar su patogenia. De hecho, la primera consecuencia del peritaje fue la inmediata puesta en libertad de los dos encausados —Margarita y su segundo marido, José Mª Bassols—, con lo que ambos eludieron no sólo la cárcel, sino el internamiento psiquiátrico, por no detectarse trastorno mental que lo justificase. Polo sabe, además, contextualizar lo sucedido con eficacia narrativa, deambulando por los senderos de la historia y arrojando luz sobre la decisiva influencia de la plutocracia franquista para entender la exculpación impune.

A fin de cuentas, como por entonces se argumentó en su defensa, el mismísimo Caudillo veneraba en sus aposentos el brazo incorrupto de Santa Teresa que, de tanto en tanto, era exhibido por provincias, en medio del fervor de mucha gente, como un talismán con el que proteger a España del influjo del demonio, que entonces era judío, masón y comunista. Nuestra dama, que gozaba de su amistad desde que ejerciera para él tareas de espionaje durante la guerra del Rif, no iba a ser menos, debió de pensar. La poderosa egolatría de la Marquesa estuvo necesitada de una reafirmación insaciable en la vida pública, hasta alejarse del principio de realidad, que es el rasgo característico de las psicosis. Y en este viaje sin retorno, el ama dominante arrastró a su fiel servidor en una suerte de *folie à deux*, en la que ella aportaba el núcleo delirante y él era inducido a participar ciegamente en sus quimeras, alejándose ambos como resultado de esta asimétrica retroalimentación del entorno familiar para transitar como dos funámbulos por los estrechos lindares que separan la razón de la locura. Margarita Ruiz de Lihory mantuvo su errónea convicción hasta el final de sus días, concluye el psicobiógrafo. Y es que, para decirlo con palabras de Carlos Castilla de Pino (*El delirio, un error necesario*, 1998), al que el autor rinde homenaje, «el delirio no es una mentira, sino un error» de enorme utilidad para que el sujeto pueda asirse en su lucha cotidiana contra una realidad que tozudamente se le resiste, porque «si delira, es; si no delira, no es nadie». Para el delirante, vivir en el delirio supone su única tabla de salvación, el solo medio de que dispone para preservar su autoestima y su integridad psicológica. Desde este punto de vista, que Polo comparte con Castilla, el delirio no consiste, como afirman otros autores, en un mero subproducto de procesos biológicos subyacentes sino en un síntoma revestido de pleno sentido biográfico. Y qué mejor manera de abordar una personalidad delirante como la de la Marquesa que hacerlo optando por un género, el ensayo, que, según Theodor W. Adorno (*Notas de literatura*, 1962), «se ocupa de lo que de ciego hay en sus objetos», pugnando por «descerrajar con conceptos lo que no entra en conceptos», por contener el mar en una concha, como decía Agustín de Hipona de quienes pretendían comprender el misterio de la Santísima Trinidad.

El libro de Cándido Polo, que ahora ve la luz espléndidamente editado por la Universitat de València, fue galardonado con el Premio Juan Gil-Albert de Ensayo, dentro de los XXVI premios literarios Ciutat de València y, acaso, su mejor virtud sea aproximarse a ese ideal descrito por el crítico alemán Marcel Reich-Ranicki (*Los abogados de la literatura*, 2006) cuando dice que el ensayo, a diferencia de los trabajos eruditos y demasiado conceptuales, es «esa otra forma que debería ser ingeniosa y absolutamente exigente, pero al mismo tiempo ligera y libre de rigidez y a la que está permitido el carácter fragmentario». Pues bien, ingenioso y exigente, ligero y sin envaramiento es este ensayo psicobiográfico, esta original incursión en la historia de las relaciones entre psiquiatría y justicia penal en tiempos de oscuridad (en este punto el libro arraiga en la tradición foucaultiana de *Yo, Pierre Rivière, habiendo matado a mi madre, mi hermana y mi hermano...*, 1976, y *El manuscrito encontrado en Ciempozuelos*, 1989, en que Guillermo Rendueles reconstruye la historia clínica de Aurora Rodríguez, madre de Hildegart Rodríguez), este brillante ejercicio de microhistoria también, en que el autor ejerce no sólo de psiquiatra sino de historiador social, escudriñando las ruinas, recogiendo fragmentos, clasificando jirones —eso que Freud llamaba «la escoria del mundo de los fenómenos»— y analizando *con lupa*, mediante el método de la llamada *reducción de escala*, acontecimientos y personajes del pasado que en cualquier otro tratamiento anterior de las fuentes conocidas habían sido desdeñados o pasado inadvertidos. Pues bien, ese componer mosaicos o constela-

ciones desde una mirada que ve y traduce en palabras lo que previamente escruta desde perspectivas diferentes es una de las tareas predilectas del ensayo.

Anacleto FERRER

RÍOS MOLINA, Andrés (2009), *La locura durante la revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General de La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, CEH, 2009, 254 pp. [ISBN: 978-607-462-038-2].

Este ameno libro es el resultado de una tesis doctoral que Andrés Ríos ha desarrollado a partir de numerosos documentos de archivo. Entre éstos cabe destacar el Fondo de la Beneficencia Pública que incluye expedientes clínicos de los pacientes ingresados en el Manicomio General La Castañeda en México. Inaugurado el 1 de septiembre de 1910 por el presidente Porfirio Díaz (período presidencial 1876-1910) en el marco de las celebraciones del Centenario de la Independencia, este establecimiento fue un impresionante complejo arquitectónico compuesto por veinticinco edificios diseñado para mil doscientos pacientes. El evento fue asumido por la élite porfiriana como el ingreso del país en la modernidad psiquiátrica y, desde su fundación hasta su clausura en 1968, ingresaron más de cincuenta mil pacientes.

Uno de los aciertos del libro de Ríos es la articulación de tres perspectivas diferentes: el discurso médico, la dinámica político-administrativa de la institución y el contexto social que rodeaba a los internos y que precipitó, en momentos determinados, su internamiento. Estos tres abordajes se convierten en complementarios, dan riqueza al libro y es una tendencia desarrollada en los últimos años, cuyo máximo exponente son los grupos de investigación multidisciplinar (sociólogos, historiadores, antropólogos, médicos...). Además, los historiales clínicos, consultados por este investigador mexicano, son un instrumento utilizado con éxito para la reflexión histórica y el conocimiento de los establecimientos psiquiátricos¹. Esta tendencia historiográfica ha sido desarrollada en los últimos años en instituciones de diferentes latitudes. En este sentido, *Frenia. Historia de la psiquiatría* ha dado cuenta, en su volumen VIII, de algunas investigaciones llevadas a cabo con historias clínicas de una paradigmática institución psiquiátrica española, el Manicomio Nacional de Leganés. Además de las variables clínicas o sociodemográficas perceptibles a través de los expedientes médicos es particularmente interesante la utilización de los escritos de los pacientes, sobre los que Andrés Ríos ya nos había ofrecido un precedente en su «Locos letrados frente a la psiquiatría mexicana» en el volumen IV(2) de *Frenia*. El material epistolar también había sido utilizado por otros autores como los que analizaron las cartas escritas por John Home, entre 1886 y 1887, desde el Royal Edinburgh Asylum.

El texto del mexicano reconstruye la historia del Manicomio General La Castañeda tomando como fuente primordial los expedientes clínicos de quienes fueron internados durante la primera década de funcionamiento. La década 1910-1920 es subdividida, a su vez, en tres

¹ Rafael Huertas, 2001, Las historias como fuente para la historia de la psiquiatría, *Frenia*, 1(2), 7-38.

períodos: 1910-1913, 1914-1916 y 1917-1920, en función de los cambios políticos — la primera etapa de la Revolución mexicana, la etapa más bélica y el constitucionalismo—, respectivamente. El libro está atravesado por una pregunta que el autor se plantea desde el principio de investigación ¿cuáles fueron los criterios usados por la sociedad capitalina, durante el periodo revolucionario para definir quién merecía el encierro psiquiátrico?. Los cambios en la percepción que las familias tenían de sus enfermos los analiza en función del número de ingresos y de los diagnósticos más frecuentes en cada uno de los periodos en que subdivide la década, sin olvidar los cambios sociopolíticos que los rodearon.

La investigación tiene, a su vez, dos dimensiones en el análisis; la primera puramente cuantitativa y de gran valor, ya que analiza el sexo, el estado civil, el lugar de origen y la edad de los internados en el 20% de los expedientes abiertos entre 1910 y 1920 (1323 de los 6614 pacientes hospitalizados a lo largo de la década). Estas variables sociodemográficas, recogidas en cuadros en un anexo al final de libro se acompañan de otras tablas referidas a algunas condiciones de ingreso como la instancia que determinó el ingreso (Gobierno de la ciudad, familia, policía.), la duración media de su estancia o la condición al alta de los pacientes ingresados en La Castañeda. En el último cuadro de este anexo estadístico, previo a la bibliografía, se muestran los diagnósticos, agrupándolos en seis bloques: alcoholismo, neurosis, demencias, imbecilidad e idiotismo, epilepsia y sífilis —además dos grupos poco definidos, denominados de «criterios ambiguos» y «otros»—. Si bien el texto *Ensayo sobre la patogenia de la locura* (1878) del influyente médico mexicano Porfirio Parra planteaba una agrupación de las neurosis ciertamente heterogénea, no parece que dicha clasificación se ajustase a la nosografía clásica francesa o de la floreciente psiquiatría alemana, vigente en la época. A mi entender resulta un poco difícil entender un grupo en el que el autor incluye cuadros tan dispares, y algunos bien definidos en la primera década del siglo XX, como el delirio de persecución, delusión paranoide, erotomanía, excitación maniaca, histeria, lipemania, locura intermitente, manía, manía aguda, manía crónica, manía intermitente, melancolía crónica, neurastenia psíquica, neurosis, neurosis de las falanges, paranoia, psicosis crónica, psicosis intermitente y psicosis maniaco-depresiva.

La segunda dimensión del estudio es una cuestión cualitativa, analizada a través de las cartas de los propios pacientes o sus familiares halladas en las historias clínicas. La inclusión de esta correspondencia con descripciones de algunas situaciones vitales muestran facetas de la locura que no podrían percibirse con un análisis únicamente cuantitativo. A juicio del autor, el gran complejo arquitectónico de la Castañeda generó, no tanto una modificación del concepto de enfermedad mental como la idea sobre el tipo locura «que merecía el encierro».

En el primer período de estudio (1910-1913), se señala el alcoholismo como la enfermedad más frecuentemente diagnosticada en los ingresos de los varones y la segunda en las mujeres, cifra que desciende de modo significativo en los siguientes años. Hay que destacar que el aumento de hospitalizaciones por consumo de licor, considerado una plaga por la élite porfiriana, estuvo en relación con una «cruzada bienhechora antialcohólica para la salvación de los pueblos y el principio del verdadero progreso»² presente en algunos médicos durante aquella

² Francisco López Lira, 1906, *El alcoholismo*.

década³. El autor desgana algunas historias de estos primeros años como por ejemplo, los casos de Amalia, diagnosticada de locura moral o el de Consuelo que padecía de «excitación maniaca, caracterizada especialmente por *nymphomanía* de origen histérico» (p. 129). Las conductas transgresoras de ambas pacientes las llevaron al Manicomio y es muy interesante destacar las notas y dibujos que Consuelo quiso enviar anónimamente al jefe del departamento de caricaturas de *El Universal* para que valorase su publicación. Estas notas que precipitaron su ingreso en el pabellón de Peligrosos, describían el Manicomio como un «burdel» y lugar de «vicios» en el que se consumía heroína y se mantenían relaciones entre personal y pacientes, lo que, sin duda, fue poco grato para los responsables de la institución que aplicaron las medidas restrictivas ya señaladas.

Durante el segundo período, coincidente con las guerras entre los diferentes grupos (villistas, zapatistas y carrancistas) y el desgobierno, se aprecia un notable descenso de los ingresos. A juicio de Ríos, denotaba la debilidad del Estado que, percibida por la sociedad, fortaleció otras instancias de poder como las redes familiares que suplían las funciones de cuidado de los pacientes. En este período, como es lógico, la mayoría de los expedientes contenían exigua información y, de hecho, el 25% de los pacientes carecían de diagnóstico y se han localizado pocas cartas. La cantidad de pacientes remitidos por la policía superó el 30% con un aumento de las patologías derivadas de la sífilis (PGP, sífilis cerebral...), cuestión observada también en otros conflictos bélicos mundiales. Me sorprende la utilización del término TEPT (trastorno por estrés posttraumático), acuñado oficialmente en 1980 en la tercera versión de la clasificación diagnóstica de la Asociación Psiquiátrica Americana (DSM III), para referirse a alguna patología detectada en la Castañeda entre 1914-1916. Este anacronismo, a mi modo de ver, podría solucionarse utilizando terminología más propia de esas décadas (neurosis traumática, neurastenia de guerra, neurosis de susto o terror, histeria, psicopatía o psicosis colectiva, o bien, terminología sajona como *Effort Syndrome* o *Shell shock*, agrupadas, posteriormente, en el grupo XI de la clasificación kraepeliniana como neurosis de guerra) para rasgear la patología asociada a la guerra que pudo ingresar en el Manicomio mexicano.

El tercer período estuvo marcado por la promulgación de la *Ley sobre familiares expedidas por Venustiano Carranza primer jefe del Ejército Constitucionalista encargado del poder de la nación* en 1917. El gobierno revolucionario manifestó en estos años el interés por intervenir el control de los pacientes al pretender aplicarles un juicio de interdicción o incapacidad, para restringirles toda aptitud jurídica (posibilidad de ejercer transacciones comerciales, ejercer cargos públicos, contraer matrimonio o testar). Estos juicios encontraron oposición en algunos médicos de La Castañeda que definían la institución como un establecimiento moderno, en el que se administraba tratamiento médico, alejado del concepto de manicomio como herramienta de «defensa social» (p... 201). Ríos también recoge siete historias de este período con las que trata de ilustrar la marginalidad que provocó la guerra, como reacción a una narrativa que ha recogido la epopeya bélica de los héroes de la Revolución Mexicana, cuyo comienzo fue sólo un mes después de la apertura de La Castañeda.

³ Ana María Carrillo, 1998, Profesiones sanitarias y lucha de poderes en el México del siglo XIX, *Asclepio*, 50(2), 149-168.

Si bien se echa de menos algún texto médico-psiquiátrico de ámbito internacional del período intersiglos en la discusión diagnóstica, no se puede negar el mérito y el interés de este libro en el que Andrés Ríos sintetiza varios años de trabajo de archivo y reflexión. Sin duda de gran interés para aquellos que traten de acercarse a una institución psiquiátrica y estudiar su devenir a través de sus historiales clínicos, trabajo aún pendiente en gran parte de los establecimientos para enfermos mentales.

Olga VILLASANTE

TARDE, Gabriel, *Sur le sommeil. Ou plutôt sur les rêves et autres textes inédits* [Sobre el sueño. O mas bien sobre los sueños y otros textos inéditos]. Edición de Jacqueline Carroy y Louise Salmon. Lausanne, Éditions BHMS, 2009. 228 pp. [ISBN: 978-2-9700536-8-2]

En los últimos años, parece haberse asentado firmemente entre los historiadores de las ciencias humanas la convicción de que el largo y complejo proceso de formación de los saberes psicológicos no sólo representa uno de los aspectos más conspicuos y reveladores de nuestra evolución cultural, sino que, igualmente, también debe mucho al paulatino despliegue de una individualidad reflexiva conminada a objetivar y describir el proceloso e inacabable dominio de su subjetividad. Buenas muestras de esta percepción son, por un lado, la continua reivindicación de las llamadas escrituras del yo como fuente para la historia de la psicología y la psicopatología, y, por el otro, el creciente interés de los investigadores por la decisiva contribución de una amplísima nómina de legos al conocimiento científico en torno a la locura, las emociones, la vida instintiva o el sueño.

Con la presente edición de una interesante serie de escritos de juventud hasta ahora inéditos, la figura del jurista, filósofo, criminólogo y sociólogo francés Gabriel Tarde (1843-1904) viene así a añadirse a una prestigiosa estirpe de intelectuales particularmente dotados para la observación interior que, como Maine de Biran, Alfred Maury, Ernest Renan o Hyppolite Taine, hicieron aportaciones de gran relieve al discurso psicológico. Redactado en los convulsos años de 1870 a 1872, mientras Francia asistía atónita al derrumbe de Sedán y a los sucesos revolucionarios de la Comuna, el manuscrito que da título al volumen se inscribe en la tradición del *journal intime* y, más concretamente, del llamado *nocturnal* o diario de sueños, que constituyó una práctica relativamente extendida en la Europa del siglo XIX y que, para el caso de la actividad onírica, encarna de forma paradigmática la imbricación a la que he hecho referencia entre el examen autobiográfico y la observación con fines científicos. De este modo, y situado a medio camino entre la ciencia, la especulación, la ficción y la escritura del yo, el *nocturnal* de Tarde se revela como un valioso documento que, como analiza con gran perspicacia el estudio introductorio de Jacqueline Carroy, concentra numerosos focos de interés y es susceptible de diversas lecturas. En primer lugar, porque Tarde no sólo ofrece una singular antología de sus sueños, sino que los refiere, reconstruye e interpreta con una clara vocación teórica y, en consecuencia, confronta sus resultados y reflexiones tanto con las visiones clásicas de autores como Cabanis o Maine de Biran como con las elaboraciones más influyentes

del momento, entre las que cabe destacar las del propio Maury (*Le sommeil et les rêves*, 1861) o Taine (*De l'intelligence*, 1870). Frente a Maury, por ejemplo, Tarde no concibe primariamente el sueño como un fenómeno vinculado a la memoria o un mero retorno hipostasiado de vivencias pasadas, ni tampoco se siente inclinado a equiparar su naturaleza o sus resortes con los de la locura (ecuación muy popular entonces tras los trabajos de Moreau de Tours), sino que tiende a subrayar la manifiesta e inquietante alteridad de lo soñado con respecto al yo y trata de acotar una serie de mecanismos de formación que, en muchos aspectos, anticipan la célebre descripción freudiana del 'trabajo del sueño' o de la génesis de los actos fallidos. Con Taine, por su parte, Tarde coincide en definir los sueños como «pólipos de imágenes» que se agrupan de un modo aparentemente espontáneo y aleatorio a partir de experiencias recientes, pero, anticipando nuevamente postulados centrales de la concepción psicoanalítica, tampoco descarta una intervención primordial de las creencias y, sobre todo, de los deseos más íntimos y pertinaces del sujeto en la conformación del enigmático y fantástico escenario de sus producciones oníricas.

El *nocturnal* de Tarde, por tanto, bien puede leerse como un eslabón importante y poco conocido en la azarosa genealogía del psicoanálisis —de hecho, es sabido que Freud llegó a tener noticia de la aportación de Tarde a través de la obra del filósofo belga Joseph Delboeuf—, aunque, como señala acertadamente Jacqueline Carroy, más que como un precursor concreto del inmenso logro que supuso *La interpretación de los sueños*, su interés radica más en su condición de exponente destacado de una cultura que llevó a numerosos intelectuales a hacer ciencia a partir de sus sueños, y que Freud supo luego expresar, condensar y aprovechar como nadie. Pero, asimismo, tanto el *nocturnal* como los otros cuatro textos reunidos en la edición (que incluyen unos «Apuntes psicológicos sobre mí mismo», un breve ensayo sobre la Comuna significativamente titulado «Una pesadilla política» y dos poemas, todo ellos escritos en aquella misma época) también constituyen fuentes de gran valor para reconstruir la génesis de la filiación conservadora y la posterior trayectoria intelectual del propio Tarde, que se destacaría justamente por su notoria militancia antirrepublicana (lo que no le impediría, como apunta Louise Salmon en el ensayo que cierra el libro, apoyar el sufragio femenino o firmar manifiestos de apoyo a Dreyfus) y por personificar como pocos ese gran miedo a la subversión del orden social que impregnó la cultura y la ciencia burguesas en el tránsito al siglo XX.

Enric NOVELLA

